

# **Deja que llueva**

**José Talleyrand Rodríguez**

**Copyright © 2019**

Las gotas de agua caen sobre el polvo del camino. ‘Andale ... ¡Adiós sequía!’ Por más de dos meses no ha llovido. Ignacio José corre alegre buscando el cobijo de un viejo rancho destartado erigido a orillas de la carretera. El muchacho es delgado y alto. Tiene once años. A su edad se mueve con agilidad. Bajo la protección de un techo armado con láminas de zinc, oye el repiquetear de la lluvia, ve como las gotas de agua golpean un grupo de robles cuyas hojas de color verde brillan al contacto con el líquido. El agua se precipita de las hojas al suelo, o baja por el tronco de los árboles, formando pequeñas corrientes que caracolean sobre la tierra. El brillo del sol en el cielo le indica a Ignacio José que la lluvia es pasajera. Los ojos del muchacho examinan el viejo rancho. Seis años atrás fue abandonado. Los labriegos que vivían en el migraron buscando una vida mejor. ‘Los corrieron ... El clima ... El latifundio ... Los bichos malos.’ Dos de las paredes externas del rancho están parcialmente derrumbadas pero el techo de láminas de zinc aguanta bien la lluvia. Ignacio José aún tiene que caminar casi dos kilómetros para llegar a su destino: Una tienda de abarrotes donde espera comprar una botella con un litro de querosén y un cómic. La botella con querosén es para su abuelo. El muchacho vive en una granja localizada a cinco kilómetros de distancia en medio de un bosque y campos de cultivo. Últimamente la casa donde vive con su madre y abuelo ha sido invadida por columnas de hormigas. ‘¡La marabunta!’ La familia ha utilizado distintos métodos para cortar la invasión de los insectos con resultados negativos. Un vecino recomendó el uso de querosén. ‘Su olor ahuyenta a las hormigas.’ Observando la lluvia que cae, Ignacio José sonríe, sabe que con el fin de la sequía las hormigas van a desaparecer. ‘No les gusta el agua ... Se van a quedar dentro de sus nidos.’ ¿Debe proseguir su viaje y comprar el querosén? Sí, su abuelo siempre puede utilizar el combustible y además hay un cómic esperando por él en la tienda de abarrotes.

El cómic es algo especial. ‘El Hombre de la Estrella de Plata.’ Cuenta las aventuras de un individuo singular, Mike Blueberry, en el Lejano Oeste. Un compañero de clases le mostró a Ignacio José la historieta durante un recreo en la escuela. El muchacho quedó fascinado con sus imágenes. ‘Esos dibujos son de Moebius ... Jean Giraud a.k.a. Moebius’ le comentó uno de sus maestros. El nombre del artista no le dijo nada a Ignacio José. De las imágenes saltó al texto del cómic. Marshall Blueberry no era el héroe típico de las novelas y películas del oeste. ‘En un mundo tortuoso ... Para sobrevivir, uno no puede seguir a ciegas la línea recta que marca la ley.’ Ignacio José decidió comprar una copia del cómic. ‘Te lo puedo conseguir’ le dijo el dueño de la

tienda de abarrotes a donde va. Para Ignacio José comprar el cómic dista de ser un mero capricho. El muchacho quiere ser policía. A su madre y abuelo no les gusta la idea. Su abuelo se encoleriza al oír la palabra “policía.” Algo explota dentro del viejo. ‘Son una panda de vividores y corruptos ... Ayudan a que el sistema nos pise.’ Ignacio José leyó textos, vio películas, donde se alaba la figura del policía en la sociedad. Los guardianes de la paz y el orden. El muchacho aceptó con gusto el mensaje. ‘Es basura carajo ... La realidad es otra ... ¡Te están lavando el cerebro!’ insistió su abuelo. Para de llover.

Ignacio José reanuda su andar. Donde antes había polvo, ahora hay lodo. Los pies del muchacho buscan una ruta limpia sobre el camino. ‘Soy una hormiga ... La, la, la. Do re mi ... No quiero problemas en este lodazal.’ Es un trazado utilizado para el transporte de ganado y productos agrícolas. Nadie se ocupa de su mantenimiento. En sus orillas, además de árboles y arbustos, se ven varias estructuras abandonadas. ‘Hubo tiempos mejores.’ Ignacio José lo usa porque puede caminar, pensar, sin ser molestado. Le gusta ver y analizar lo que tiene a su alrededor. En ese camino solitario con facilidad se podría transformar en un Marshall del Lejano Oeste o en un Agente de la Ley en lucha con Al Capone en el viejo Chicago. Pero no, él es Ignacio José, un muchacho que vive allí, en su tierra, en una granja donde malamente sobreviven su abuelo y su madre, quiere entender ese mundo. ‘Hay secretos ocultos detrás de los árboles o bajo las piedras del camino.’ De golpe se detiene. En el suelo, incrustado en la tierra, observa un guijarro con un dibujo peculiar. En el trozo de roca se alternan bandas de color rojo oscuro sobre un fondo gris. ‘Se formó hace millones de años ... Más allá hay otro ... Y otro más.’ Una de las orillas del camino es rica en formaciones de granito. Su tamaño va en aumento hasta llegar a una pequeña colina situada a doscientos metros del trazado. En la cima de la colina, un grupo de rocas forma una especie de gruta. ‘¡La Peña de los Enamorados!’ El agua depositada por la lluvia da un color oscuro al gris de las rocas que forman la gruta. Bajo los rayos del sol, Ignacio José ve puntos diminutos de color rojo y marrón incrustados en las formaciones de granito. La mente del muchacho juega con los puntos diminutos dibujando figuras geométricas de distintas formas: Triángulos, cuadrados, estrellas pentagonales, nudos eternos ... ‘¿Y eso?’ ... Es un perro. Un rottweiler de gran tamaño se mueve cerca de la entrada a la gruta. Su color castaño oscuro ayuda a camuflarlo. Ignacio José sale del camino y se oculta detrás de unos arbustos para observar al animal. El perro no lo ha oído o visto. Algo ocurre en el interior de la gruta que capta su

atención. ‘Laky ven.’ ¿Una voz de hombre o de mujer? En el punto donde está escondido, el muchacho malamente oyó las palabras. El rottweiler penetra en la gruta.

Por unos segundos Ignacio José permanece inmóvil. Piensa. La gruta en la cima de la colina tiene fama de ser un punto donde se dan cita los enamorados de la comarca. ‘Un lugar solitario donde pueden hablar y ...’ Ha sido mencionada varias veces por sus compañeros de clase en el colegio. Su primo Carlos, un veinteañero, le dio detalles precisos de encuentros con enamoradas y prostitutas dentro de la gruta. La imaginación del muchacho se disparó. ‘Tu primo es un mentiroso’ comentó el abuelo de Ignacio José al oír las hazañas de Carlos. El muchacho quedó confundido. Para él las historias de su primo no tenían pinta de ser mentira, encajaban bien con lo dicho por sus compañeros de clase. Ignacio José evalúa la situación. Es hora de mostrar sus habilidades para ser un buen detective. ‘Puedo verificar si lo dicho por Carlos es verdad ... Además quizás encuentre algo jugoso para contar a la gente de mi clase.’ El muchacho se olvida de la botella con querosén que pidió su abuelo y del cómic que está esperándolo en la tienda de abarrotes. ‘Esto va a ser fácil ... En pocos minutos voy a resolver el misterio del rottweiler en la gruta.’

Con sigilo Ignacio José se aparta de los arbustos donde está escondido. Libros que ha leído dan detalles claros de cómo proceder en este tipo de situación. Camina casi pegado al suelo dejando que la vegetación viva o seca cubra la mayoría de su cuerpo. Para subir la colina que tiene en frente, escoge una ruta donde es difícil verlo u oírlo desde la cima. No quiere que el rottweiler lo detecte antes de llegar a la entrada de la gruta. Tiene suerte el perro no molesta su ascenso. En menos de diez minutos está en la cima. La gruta es amplia. Tiene dos entradas. ‘No se oye nada ... ¿Amantes silenciosos?’ Lentamente el muchacho penetra en la gruta ... Cerca de la otra entrada, recostado contra una pared de roca, ve el cuerpo de un hombre. El rottweiler está parado montando guardia al lado del ser caído. Con sumo cuidado Ignacio José camina dentro de la gruta y se detiene sorprendido. ‘¡El Padre Camilo!’ El hombre tumbado junto a la pared de roca es el sacerdote de la comarca. Es un individuo robusto de unos cuarenta años. Alguien le ha dado una paliza brutal. Su cara está amoratada. En su brazo derecho tiene atado un pañuelo para taponar la sangre que sale de un orificio. ‘¡Una herida de bala! ... ¿Quién le hizo esto?’ Ignacio José se queda petrificado sin saber qué hacer. El rottweiler desconfía, enseña su dentadura, se prepara para atacar. ‘Quieto Laky ... Ven aquí.’ Bajando la cabeza el animal obedece, se acerca

a su dueño, éste lo acaricia usando su mano izquierda. Ignacio José ve el dolor en la cara del hombre herido. El sacerdote no le dice nada. ‘No quiere o no puede darme explicaciones ... Está muy débil.’ Los dos se miran por unos segundos sin decir palabra. El muchacho recupera su capacidad de movimiento. Asustado se da media vuelta y sale corriendo de la gruta.

No deja de correr hasta llegar al camino que lleva a la tienda de abarrotes. Fuera de la gruta, al sentir los rayos del sol y el aire fresco, sus nervios se tranquilizan. ‘No hay peligro.’ Respira profundo. Un sentimiento enorme de vergüenza se adueña de su cuerpo. Ha fallado como ser humano. El Padre Camilo es un buen amigo de su abuelo. El sacerdote le ha prestado dinero y ha ayudado a la familia en los malos tiempos cuando Don Renato, el gran latifundista de la zona, quería apropiarse de su granja. ‘¡Mierda la cagué! ... Uno no se puede comportar así.’ Con calma determina la mejor manera de corregir su error. Tiene que buscar la ayuda de su abuelo. Eso es obvio. Pero su granja está demasiado lejos. ‘El Padre no va a aguantar ... Necesita agua y comida urgentemente.’ Ignacio José echa a correr hacia la tienda de abarrotes. ‘Ahí puedo encontrar provisiones ... Se las doy al cura ... Y después voy a buscar al abuelo.’ En su carrera se da cuenta que hay varias cosas que no entiende. ‘¿Quién le hizo esto al Padre Camilo? ... ¿Se peleó otra vez con Don Renato? ... Ese hombre es Satanás.’ La posibilidad de una pelea entre el sacerdote y el latifundista complica las cosas. Todos en la comarca le temen al poder de Don Renato. Solo puede confiar en dos personas: Su abuelo y su madre. Nubes negras se mueven en el firmamento.

La tienda de abarrotes es una casa amplia de dos pisos. El comercio funciona en el primer piso. En la parte superior viven el dueño de la tienda y su familia. El negocio ofrece víveres y un sin fin de artículos para el hogar y la explotación del campo. Le da vida a la comarca. Sin hacer ruido, Ignacio José penetra en la tienda usando una puerta lateral. Su rostro está en calma. Antes de entrar ha removido el lodo de sus zapatos. No quiere problemas con el tendero o su familia. Una de las hijas del dueño está acomodando un grupo de latas de sardina en una esquina del local. Sonríe al ver la figura de Ignacio José. Los dos van a la misma escuela. El dueño de la tienda está parado cerca del mostrador principal hablando con un granjero. Lentamente Ignacio José se aproxima a ellos.

- ... Ya te dije Pedro que los vieron a los dos en la sacristía. Él estaba encima de la muchacha.

- ¿Eso no será un invento de Don Renato? ... El cura no le cae bien ... Le metió una denuncia por robarse el agua de los campos cuando la sequía estaba más dura.
- Yo te lo dije como me lo contaron ... El Padre Camilo siempre nos ha echado una mano, pero todas esas visitas de María Gracia a la iglesia dan que pensar.
- Dicen que la muchacha va para monja.
- ¡Para monja! ... ¿Tú has visto como se mueve María Gracia? ... ¡Se le negó a Don Renato y se estaba encamando con el cura!
- A mí, ese cuento no me convence ...

Los dos hombres se percatan de la llegada de Ignacio José. Interrumpen su conversación. El muchacho sonrío mientras camina hacia el mostrador. De un bolsillo de su pantalón saca todo el dinero que lleva.

- Señor Pedro, por favor me da una botella con un litro de querosén. Mi abuelo lo necesita.

El interpelado se mueve hacia el fondo de la tienda donde almacena el combustible y un almario con botellas de vidrio vacías. Silva mientras camina. Ignacio José se queda a solas con el granjero. Siente como su mirada lo examina de arriba abajo.

- ¡Caramba niño como has crecido! ... ¿Cómo está tu abuelo?
- Luchando con las hormigas.
- ¡Para eso es el querosén! ... Buen truco. Si las bichas se hacen las duras, si no respetan al querosén, con la lluvia van a desaparecer ... ¡Que se jodan las hormigas! ... Y tu mamá, ¿cómo está tu mamá? ... Ya va para diez años de la muerte de tu padre y ella siempre tan buena moza y calladita ... Da gusto ver a la Tacha.

Ignacio José no sabe que decir. Está incómodo con las palabras del granjero. Su cuerpo se estremece. ‘Ah gran mamón ... ¡No abuses!’ El dueño de la tienda lo rescata. Regresa con una botella llena de querosén. Con un movimiento de su mano derecha le indica al muchacho como tiene que usar un tapón de corcho que abre o sella la botella. Con sus ojos hace una pregunta: ‘¿Algo más?’ Ignacio José muestra el dinero que lleva.

- Con esto, ¿cuánta comida puedo comprar? ... Y quiero algo de agua.
- Eso no es mucho. Te alcanza para comprar un poco de pan y queso. Un bocadillo embolsado.
- ¿Y el agua?
- El agua es gratis ... Del pozo de la casa. No te la voy a cobrar.

El tendero toma un bocadillo de pan y queso de un mostrador refrigerado. Sus manos llenan un recipiente de plástico con agua almacenada en un tanquecillo. La comida y el agua son

colocadas sobre el mostrador principal, al lado de la botella con querosén. Por unos segundos el tendero espera por más instrucciones. ‘No ... No tengo más dinero’ añade el muchacho con una mirada triste. Conforme el hombre se acerca a un estante donde tiene revistas y periódicos en exhibición. De un legajo con papeles saca un cómic y se lo entrega a Ignacio José.

- Ojéalo ... Te lo voy a guardar. Otro día lo compras.

Alegre el muchacho aprieta el cómic en sus manos. Ve la figura del Mike Blueberry en la portada desafiante con un Colt 45 en su mano derecha. ‘El hombre de la Estrella de Plata.’ Excitado Ignacio José se sumerge en la historia del cómic. El héroe lucha contra una banda de forajidos que oprimen a los habitantes de un pueblo. Solo cuenta con la ayuda de un borracho y una joven intrépida. Es una lucha épica. El Marshall poco a poco vence mil dificultades e impone la ley en el pueblo. Ignacio José ve, lee y oye. El dueño de la tienda y el granjero reanudan su conversación.

- Y entonces, ¿cómo fue la pelea entre el Padre Camilo y los hombres de Don Renato? ¿Qué sabes de eso?
- ¡Eso fue cosa fea Pedro! Hubo disparos. No se sabe quién ganó y quién perdió. Todos quedaron mal ... La cosa se veía venir. Don Renato está cansado de la actitud del Padre Camilo. No traga al cura. El Padre le jodió el negocio con la explotación de las tierras baldías y el robo del agua. Y ahora se quedó con el amor de María Gracia. Con los celos Don Renato perdió la cabeza. ¡Mandó a capar y después matar al cura!
- Una barbaridad ... Pero eso de los amoríos del Padre Camilo con María Gracia yo no me lo creo.
- Para esas cosas tú no tienes ojos Pedro ... Esos dos se están encamando ... Don Renato dice que lo mejor para todos es tener un nuevo cura, uno que sea más cristiano.
- Si hombre, un gallo menos en el corral, así Don Renato hace y deshace a su gusto.
- Cada quien cuida lo suyo ... Ayer por la noche al Padre Camilo le llegó el rumor de que la gente de Don Renato lo estaba buscando. Jacinto Urrutia se llevó al cura para su granja. Hoy de madrugada se presentó en el sitio una comisión enviada por Don Renato. El Tordo y otros tres sicarios. Jacinto se negó a entregar al Padre Camilo.
- ¡Bravo por el Jacinto! Eso había que pelearlo.
- ¿Sí? ... ¡Jacinto y el cura llevaron palo parejo! La gente de Don Renato sabía bien a lo que iba. Cuatro contra dos, ya casi tenían la situación bajo control, cuando de golpe apareció el perro del cura ... ¡Una fiera! Al Tordo, a dentelladas, por poco lo mata y deja en el sitio. Los otros tres hombres de Don Renato también recibieron lo suyo. Uno de ellos, desesperado, sacó una pistola y empezó a disparar ... El Padre Camilo y

su perro cogieron pa'l monte. Las autoridades los están buscando. El cura va mal herido.

- ¡Ayúdalo Dios bendito!

Ignacio José para de leer. 'Hay que moverse.' Le entrega al comic al tendero. Se despide sin entrometerse en la conversación de los dos hombres. 'Ahora ya sé lo que sucedió.' Sobre el mostrador principal coloca su dinero y con sus dos brazos forma una cesta donde agarra la botella con querosén, el recipiente con agua, y una bolsa de papel con el bocadillo de pan y queso. Lentamente, con pasos firmes, abandona la tienda de abarrotes.

El muchacho mira hacia el cielo. Una capa densa de nubes negras comienza a cubrir el sol. Ignacio José quiere llegar a la gruta donde se esconde el Padre Camilo sin ser mojado por la lluvia. 'El agua puede destruir la bolsa de papel que contiene el bocadillo de pan y queso ... Hoy nada es fácil.' Sus pies avanzan rápido sobre el camino en un línea recta sin importar si hay o no lodo sobre la tierra. 'Primero le doy la comida y el agua al Padre ... Después voy a buscar al abuelo ... Hay que sacar al cura de la comarca ... En esa gruta la gente de Don Renato lo va a encontrar tarde o temprano.' El muchacho imagina y evalúa distintos métodos para facilitar la fuga del sacerdote. Los bosques de la zona son densos. 'Una persona que conozca la comarca podría ayudarlo a cruzar el valle y después la montaña ... Del otro lado un auto lo recogería para llevarlo a sitio seguro.' Su abuelo es un experto en la geografía de la región. De hecho, ya ha ayudado a escapar a un par de personas que tuvieron problemas con Don Renato y las autoridades. Ignacio José sonríe. 'Hoy necesitamos un milagro ... A éste también lo salva el abuelo.'

En su trayecto, el muchacho planifica lo que le va a decir al sacerdote herido. En su encuentro anterior cometió el error de no hablarle. Tiene ganas de preguntarle al clérigo porque se ha rebelado contra Don Renato de esa manera. A él tampoco le cae bien el latifundista. 'Cada ser es un enigma.' ¿Cuáles son los motivos del Padre Camilo? Ignacio José conoce poco de sacerdotes. En su vida solo ha visto a dos. El que tenía la comarca antes de la llegada del Padre Camilo era una persona muy diferente. Nunca se peleó con Don Renato. Los dos jugaban al domino y la baraja frecuentemente. El Padre Félix no se inmiscuía en política o conflictos sociales. 'Murió del vicio de la gula.' Un día lo encontraron muerto en el jardín de la iglesia como consecuencia de un ataque al corazón producido por un exceso de gordura. La llegada del

Padre Camilo fue algo inesperado que cambió muchas cosas. El nuevo clérigo trató de frenar los abusos de la clase dominante. Algunos lo acusaron de ser un comunista. ‘Solo aplico los fundamentos del Evangelio’ replicó el Padre Camilo. Ignacio José no sabe lo que es el comunismo y leyó partes del Evangelio una o dos veces antes de hacer la Primera Comunión. ‘El mundo de los adultos es complicado.’ A su primo Carlos le gusta la muchacha llamada María Gracia. Entusiasmado le describió partes del cuerpo sensual de la joven. Según él, los dos se citaron un par de veces en la Peña de los Enamorados. ‘No es virgen’ le comentó su primo. ‘Olvídense de ella, no se hagan ilusiones, su familia la va a mandar para un convento’ recomendó la madre de Ignacio José cuando oyó parte de una conversación entre su hijo y Carlos. ‘¿Es una santa? ... ¿Por qué va para un convento?’ Dado lo confuso de la situación, el muchacho adopta una posición pragmática: Es mejor no tocar el tema de María Gracia con el sacerdote herido.

Ya casi llega. Le ha ganado la carrera a la lluvia. Su viaje de retorno ha sido más rápido que el de ida. Partes de la Peña de los Enamorados se materializan. ‘¿Y eso?’ ... Una alarma explota dentro del cerebro de Ignacio José. Con celeridad abandona el camino para ocultarse detrás de un grupo de árboles. Se asegura que nadie lo ha visto. Deposita su cargamento cerca de las raíces de un cedro. Lo oculta utilizando hojas y trozos de ramas caídos al suelo ... Sobre el borde del camino, a casi trescientos metros de la gruta donde se oculta el Padre Camilo, está aparcado un auto patrulla de la policía local. Un policía uniformado y otro de civil están inspeccionando la zona. ‘Don Renato ha movido sus conexiones ... Esos dos trabajan para él ... Un par de mamones.’ Los dos policías se mueven con tranquilidad alrededor del auto patrulla. Uno de ellos extrae su sexo del pantalón y empieza a orinar. ‘Demasiada cerveza... Está borracho.’ El otro policía voltea la cara y mira hacia la gruta en la cima de la Peña de los Enamorados. No se ve a nadie en la entrada de la gruta. Los dos policías están haciendo una inspección de rutina. Bromean entre ellos sin saber dónde está oculto el Padre Camilo. ‘No tienen prisa ... Don Renato siempre paga.’

Después de orinar, uno de los policías, el que viste de civil y da órdenes, se acerca al auto patrulla, abre una de las puertas traseras y toma una lata de cerveza. Deja la puerta abierta para que su compañero haga algo similar. Desde donde está oculto, a través de la puerta abierta del auto, Ignacio José ve un grupo de latas de cerveza sobre el asiento trasero. ‘¡Le están dando

parejo!’ Los dos policías, lata de cerveza en mano, se recuestan sobre el auto patrulla y empiezan a contar sus aventuras en medio de chistes y gestos obscenos. El uniformado, habla bajo, el muchacho oculto malamente oye alguna que otra de sus palabras. Su compañero no se cohíbe y grita al viento sus proezas. Ignacio José oye sorprendido una especie de monologo cortado por los gestos y medias palabras del uniformado.

- ... Yo ya he estado por estos lados ... ¿Tú te acuerdas de Romerito Balbuena? ... Él y yo montamos una buena, ahí, en la Peña, nos echamos a tres putas finas, finitas ... ¡No miento! ... La plata no fue problema, teníamos con que pagarles ... Romerito sabia como vivir ... Cuando yo empecé a trabajar de civil me lo asignaron como jefe ... Casi todas mis mañas las aprendí d’el ... Un día, por pura suerte, interceptamos un cargamento de coca que iba pasando por el valle. Negociamos. Nadie quería tiros. Los tipos pagaron su impuesto de paso y con la plata Romerito monto la fiesta con las putas ... Después de pachanguear en su casa nos vinimos pa’ca. Al hombre le atraía este sitio. Nunca me dijo porque ... Ahí en la cima de la montañita, en la gruta, montamos la cosa. Jalamos caña, olimos coca, y le dimos duro a las hembras ... ¡No me acuerdo cuanto tiempo estuvimos en eso! Con la caña y la coca yo estaba ido ... A mí me encantaba andar con Romerito. Lástima que lo mataran ... ¡Se puso a pedir plata donde no debía! ... Sí, la cagooo ... No hay que pasarse, no hay que pasarse, yo desde su muerte me cuido mucho en ese tipo de vaina. Hay que saber quién puede dar dinero y cuanto se puede pedir ...

Ignacio José está enojado con el comportamiento de los dos policías. ‘¡Que gente! ... Son una desgracia.’ Los ve tratando de descifrar sus intenciones. ¿Van o no van a subir a la gruta? ¿Cómo los puede detener? Le llega su turno al policía uniformado. Mantiene un tono de voz bajo al contar su historia. ‘Éste al menos tiene vergüenza ... No quiere que todo el mundo sepa lo que ha hecho.’ Observando los gestos del hombre al hablar y las risas de policía de civil, Ignacio José imagina el contenido de la historia narrada por el uniformado. ‘Dinero y sexo ... Sexo y dinero ... No existe otra cosa en su mundo.’ El cuerpo del muchacho se mueve inquieto pensando en lo que puede suceder. Los dos policías están ebrios pero van armados. Usando sus revólveres fácilmente pueden matar al Padre Camilo. ¿Y el perro? ¿Dónde está el rottweiler? El animal no se ha asomado a la entrada de la gruta. ‘Mejor así ... Que no llame la atención.’ Tras un periodo de habla amigable, los dos policías discrepan en lo que tratan. ‘Discusión de borrachos.’ Ahora los dos hombres hablan en voz baja, argumentan utilizando medias palabras, guiños y gestos. A Ignacio José le cuesta enterarse del tema que discuten. Teme lo peor. Tras unos minutos de discrepancia, la conversación de los policías vuelve a un terreno amigable. ‘Se han puesto de

acuerdo ... Finalizan los detalles de lo que van a hacer.' El policía de civil ha ganado el argumento. Para enfatizar su punto de vista, le habla a su compañero en voz alta.

- Siii, sí se puede ... Las traemos, muy bien vestiditas, y montamos la juerga arriba en la gruta ... ¡Suavecito! ... Ven, vamos a subir, y te lo demuestro.

Con terror, Ignacio José ve como los policías terminan de tomar las cervezas que sostienen en sus manos, tiran las latas vacías al suelo, y se ponen en camino hacia la cima de la Peña. Los ojos del muchacho buscan los revólveres de los policías. El arma del uniformado oscila en una cartuchera colgada en su cintura. ¡Tiene que pararlos! ... '¿Un grito?' No, necesita algo mucho más efectivo. Su imaginación vuela. En su excitación recuerda una película que vio, un sueño que tuvo, y busca la botella con querosén escondida cerca de las raíces de un cedro. 'Tengo que armar un Coctel Molotov de tamaño reducido.' Se saca el calcetín de su pie derecho, remueve el corcho que sella la botella con querosén, e introduce en su lugar el calcetín. Mueve la botella para empapar con combustible la tela del calcetín. En un bolsillo de su pantalón lleva un encendedor que le regaló su primo Carlos. 'Toma para que aprendas a fumar como un hombre' le dijo. Está listo. Observa el movimiento lento de los policías hacia la cima de la colina. Su ebriedad les dificulta subir la cuesta. Solo miran hacia adelante, hacia la gruta. El auto patrulla, con una puerta trasera abierta, es un blanco ideal para estallar el Coctel Molotov. La mente de Ignacio José traza una ruta de ataque y retirada. Sale de los arbustos y sin hacer ruido vuelve al camino. Anda con sigilo hasta llegar a cinco metros de su blanco, enciende el Coctel, y lo lanza contra el auto patrulla. '¡Tomaaa!' El muchacho no espera a que la bomba estalle, con celeridad se introduce nuevamente en los arbustos que bordean el camino, y escapa sin ser visto.

El Coctel Molotov penetra por una puerta trasera del auto patrulla. Con el impacto no estalla. No fue bien armado como bomba. El calcetín salta de la boca de la botella dejando que el querosén se esparza sobre los asientos del vehículo. Las llamas pasan del combustible a la tela y el plástico de los asientos. Una pequeña columna de humo negro se eleva hacia el cielo. A mitad de su trayecto los dos policías dejan de caminar. Observan con estupor las llamas dentro del auto patrulla. ¿Qué ha pasado? Adrenalina fluye dentro de sus cuerpos eliminando parte de los efectos de la ebriedad. Corriendo los hombres bajan la cuesta deshaciendo el camino andado. Como pueden tratan de sofocar el pequeño incendio. El que viste de civil usa una chaqueta. El uniformado lanza lodo y tierra mojada hacia el interior del vehículo. Eventualmente el combustible se extingue y las llamas ceden. Excitados los dos policías evalúan los efectos del

incendio. La tapicería y el asiento trasero han sido dañados por las llamas, tres latas de cerveza han estallado producto del calor, pero el resto del auto patrulla está en buenas condiciones.

Sin apartarse del vehículo, protegiéndolo, los policías rastrean la zona con sus ojos en busca de una explicación. No ven nada sospechoso. Nubes negras bloquean el sol pero la luz que escapa de ellas es suficiente para ver con claridad que ‘todo es normal.’ El policía de civil usa sus dotes de detective para explicar el evento. Atribuye el incendio a una falla en el sistema eléctrico del auto. ‘Un fenómeno bien conocido.’ Asustados los dos hombres se preparan para introducirse en el auto patrulla y retirarse del lugar, cuando ven la figura de un muchacho solitario que a pasos lentos avanza por el camino. Es delgado y alto. El policía de civil le ve cara de niño. En su mano izquierda lleva un recipiente para el agua y en la derecha una bolsa con lo que parece ser un bocadillo. ¿Adónde va? Tiene pinta de andar perdido por el mundo. Sin inmutarse se aproxima y detiene a unos metros de los policías. El de civil lo interpela.

- ¿Y tú qué coño quieres pendejito?
- Se quemó el auto patrulla ...
- ¡No me jodas! ... Claro que se quemó ... Mira niño, no molestes, vete y dile a tu mamá que te dé un buen tetero.

El muchacho prosigue su trayecto. Los agentes de Don Renato se introducen en el auto patrulla. El motor del vehículo enciende sin problemas. ‘Hemos tenido suerte la falla eléctrica no afectó el sistema de ignición’ comenta maravillado el policía de civil. Ignacio José ve como el auto patrulla se aleja veloz por el camino. Espera a que desaparezca. Y entonces echa a correr hacia la gruta donde dejó al Padre Camilo. Ha perdido demasiados minutos en el incidente con los policías corruptos. ‘¡Malditos! ... Pura perdida.’ Rápidamente llega a la cima de la colina.

Con precaución entra en la gruta. No quiere problemas con el rottweiler. Sus ojos se aclimatan a la oscuridad. Mueve su cabeza de un lado a otro en busca del Padre Camilo ... ¡La gruta está vacía! ‘¿Dónde está el Padre?’ Inquieto el muchacho se aproxima a la segunda entrada de la gruta. La cruza. Abajo en el valle, entre bosques y campos de cultivo, no se ve a nadie. ‘Se esfumo.’ Examina un sendero que empalma con la gruta. Sobre el suelo encuentra las huellas del rottweiler, el Padre Camilo ... Y otra persona. ‘Alguien ayudó a huir al Padre.’ El segundo juego de huellas humanas proviene de pies pequeños, delicados. ‘¡Pisadas de mujer! ... ¿María Gracia estuvo aquí? ¿Ayudó a escapar al Padre?’ Las huellas sobre el suelo no le dicen nada más. Su

instinto le pide que abandone la gruta. ‘El milagro ya ocurrió ... Es hora de regresar a casa.’ Con pasos firmes empieza a bajar la colina.

La lluvia regresa. Es una garua fina. Caminando alegre bajo la llovizna, Ignacio José come el bocadillo de pan y queso mientras medita sobre su situación. El viaje no sirvió para nada: ‘Ni querosén, ni cómic.’ A su familia no le puede mencionar el incidente con el Coctel Molotov. ‘¡Mamá se puede morir del susto!’ Y el querosén, ¿qué excusa le puede dar a su abuelo? ‘Sí, un par de policías corruptos se robaron la botella con el querosén ... Los muy traidores estaban felices ... Insectos ... Las hormigas van a desaparecer ... ¡Deja que llueva!’